

Elementos de bonapartismo

León Trotsky

15 de agosto de 1917

(Versión al castellano desde “Éléments de bonapartisme”, en *L'année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 55-67; también para las notas. Publicado en *Proletarii*, nº 2, 15 de agosto de 1917)

Vuestro pequeño comerciante es un hombre de espíritu apacible; por encima de todo teme “correr riesgos”. Pero, al mismo tiempo, tiene una fértil imaginación: todo pequeño comerciante sueña convertirse en un Rothschild. Esa mezcla de sobriedad anémica e imaginación vanamente turbulenta es la esencia de la política pequeñoburguesa. Ya advirtió Marx de que sería falso pensar que los representantes de la pequeña burguesía indefectiblemente hayan de ser tenderos. Lejos de eso: por el nivel mental son superiores de lejos a piadoso filisteo. Sin embargo, “devienen los representantes de las ideas de la pequeña burguesía porque sus pensamientos no superan la esfera en la que se desarrolla su vida y, en consecuencia, llegan, en teoría, a los mismos problemas y soluciones que el pequeño burgués en la práctica.”

Sancho Panza es la encarnación de la más llana cobardía. Sin embargo, no es ajeno por completo a lo novelesco: si no, nunca se hubiese convertido en el compañero de Don Quijote. La cobardía de la política pequeñoburguesa encuentra su expresión más osada en la persona de Dan. Tsereteli representa la asociación de esta cobardía con lo novelesco; Tsereteli le declaró a Martov: “Sólo un loco no le tiene miedo a nada”. La política filistea bien intencionada tiene miedo de todo: miedo a despertar la cólera de sus acreedores; miedo a que los diplomáticos se tomen en serio su “pacifismo”; y, sobre todo, miedo al poder. Como “un loco no teme nada”, la política pequeñoburguesa juzga adecuado preservarse de cualquier locura ejerciendo la cobardía en todos los frentes. Sin embargo, no abandonan la esperanza en devenir Rothschild: tras haber pegado dos o tres palabras en la nota diplomática de Tereschenko, se imaginan que han hecho avanzar la paz; confían en infundirle al espíritu del príncipe Lvov su propia y muy imparcial mediación para evitar la guerra civil. Pero el gran conciliador pequeñoburgués decide desarmar a los trabajadores, sin desarmar del todo a Polovtsev o Kaledin, es decir a la contrarrevolución. Y cuando todo esta política se hunde la primer golpe serio, Tsereteli y Dan explican, a todos los que quieren creerles, que el fracaso de la revolución no se debe a la incapacidad de la pequeña burguesía para tomar todo el poder en sus manos, sino a la “insurrección” del regimiento de ametralladoras.

Durante largos años de controversias sobre el carácter de la revolución rusa, los mencheviques han sostenido que los verdaderos portadores del poder revolucionario en Rusia eran los demócratas pequeñoburgueses. Siempre hemos señalado que la democracia pequeñoburguesa es incapaz de resolver ese problema y que el único poder que puede llevar la revolución a su cumplimiento es el proletariado que extrae sus fuerzas de las masas populares. Hoy en día la historia ha querido que los mencheviques apareciesen como los representantes políticos de la democracia pequeñoburguesa para que puedan probar, en su propia persona, su completa incapacidad para resolver los problemas del poder, es decir para asumir el papel dirigente en la revolución.

En *Rabochaya Gazeta*, ese órgano del “marxismo” falsificado, mutilado y mutilador, tratan de colgarnos la etiqueta de “hombres del 16 de julio”¹. Tenemos todos los motivos para afirmar que en el movimiento del 16 de julio todas nuestras simpatías se dirigían a los trabajadores y soldados, y no a los cadetes militares, a los Polovtsev, Lieber y “husmeadores”².

De otra forma no mereceríamos más que desprecio. Pero que los quebrados de *Rabochaya Gazeta* no invoquen demasiado en alto el 16 de julio pues ese fue el día de su autodestrucción política. La etiqueta de “hombres del 16 de julio”, por emplear una metáfora muy confusa, puede serles devuelta como una arma de doble filo: el 16 de julio las camarillas rapaces de la Rusia zarista llevaron a cabo un *coup d'état* que tenía por objetivo poner toda la autoridad en sus manos. El 16 de julio de 1917, durante la crisis más grave de la revolución, los demócratas pequeñoburgueses afirmaron ruidosamente que eran incapaces de asumir el poder. Dándoles la espalda con odio a los trabajadores y soldados revolucionarios, que les exigían el cumplimiento de su deber revolucionario más elemental, los “hombres del 16 de julio” establecieron una alianza con los “hombres del 16 de junio” para reprimir, desarmar y encarcelar a los obreros y soldados socialistas. La traición de la democracia pequeñoburguesa, su capitulación vergonzosa ante la burguesía contrarrevolucionaria, *eso* fue lo que impidió un cambio de poderes, y no era la primera vez que eso se producía en la historia de la revolución.

El último ministerio, que ha sido bautizado como el “gobierno Kerensky”³, fue creado bajo esas circunstancias. El régimen irresoluto, impotente y vacilante de la democracia pequeñoburguesa se ha transformado en dictadura personal.

Bajo el nombre de “doble poder” se desarrollaba una lucha entre dos tendencias de clase irreconciliables: la república imperialista y la democracia de los trabajadores. Mientras que el resultado de esa lucha se mantuvo indeciso, paralizó la revolución y produjo inevitables síntomas de “anarquía”. Dirigido por politicastos que tienen miedo a todo, el sóviet no se ha atrevido a asumir el poder. Los representantes de todas las camarillas propietarias, es decir el partido cadete, *no podían* todavía asumir el poder. Era necesario un gran conciliador, un mediador, un árbitro imparcial.

A mediados de mayo, en un mitin del sóviet de Petrogrado, Kerensky ya fue calificado como “el punto de equilibrio del bonapartismo ruso”. Esta caracterización muestra de inmediato que no es Kerensky quien importa, sino mucho más su función histórica. Podría parecer un poco superficial declarar que Kerensky es de la misma madera que el primer Bonaparte; lo menos que se puede decir es que esto no está

¹ El 16 de junio el zar decretó la disolución de la Duma. A consecuencia de ello los hombres de la derecha (cadetes, octubristas, etc.) fueron llamados “hombres del 16 de junio”. Debido a una coincidencia, el 16 de junio de 1917, los miembros de la Cuarta Duma se reunieron en conferencia para estudiar la posibilidad de una nueva ofensiva y decidieron exigirle una al Gobierno Provisional. Lenin bautizó esta reunión “conferencia de toros salvajes”. El 16 de julio de 1917, los obreros y soldados se manifestaron al grito de “todo el poder a los sóviets” y ese mismo día la derecha tomó la decisión de desarmar a los trabajadores y soldados revolucionarios, decisión que fue aplicada de inmediato.

² Los “husmeadores” eran una organización secreta creada por el gobernador militar de Petrogrado, el coronel Polovtsev, con la colaboración de V Burtsev y G Alexinsky, anteriormente activos en el movimiento contra el zarismo pero que se habían pasado a las filas de los moderados contrarrevolucionarios durante la misma revolución. El objetivo de los “husmeadores” era el aplastamiento de los bolcheviques. (Nota de L C Fraina, 1918)

³ El 15 de julio de 1917, los cadetes abandonaron el Gobierno Provisional a consecuencia del asunto de Ucrania. Kerensky remodeló su gabinete, y el 4 de agosto se convirtió en primer ministro. Tsereteli, ministro del interior, fue el autor de la vergonzosa ordenanza de policía en virtud de la cual se dictaron los mandatos de arresto contra Lenin, Trotsky y otros, ¡y fue él quien bautizó la nueva coalición como “gobierno de salvación”! Fue proclamado como tal el 22 de julio. Pero la nueva coalición no duró más que quince días.

demostrado. Sin embargo, su popularidad no parece ser un simple accidente. Kerensky parece más cercano a la mentalidad de todos los filisteos panrusos. Defensor de los prisioneros políticos, “socialrevolucionario” a la cabeza de los laboristas, radical sin ningún lazo con cualquier escuela socialista, Kerensky reflejaba, de la forma más completa posible, la primera fase de la revolución, su imprecisión “nacional”, el idealismo seductor de sus esperanzas y expectativas. Hablaba de tierra y libertad, de orden, de paz entre las naciones, de defensa de la patria, del heroísmo de Liebknecht, decía que la revolución rusa asombraría al mundo por su grandeza de alma, mientras agitaba un pañuelo rojo de seda. El filisteo medianamente iniciado se extasiaba con estos discursos: le parecía estar él mismo en la tribuna. El ejército saludaba en Kerensky a quien lo había librado de Guchov. Los campesinos oían decir que era un laborista, un delegado de los mujik. La extremada moderación de sus posiciones, bajo el confuso radicalismo de su expresión, era suficiente para embaucar a los liberales. Únicamente los trabajadores más formados mantenían las distancias. Pero sus sóviets se disolvían en una “democracia revolucionaria”.

La carencia de cualquier bagaje doctrinal que le estorbase, le permitió a Kerensky ser el primero de los “socialistas” en entrar en el gobierno burgués. Fue el primero en calificar de “anarquía” las exigencias sociales cada vez más insistentes de las masas: en mayo ya amenazó a los fineses con represalias muy severas y pronunció la pomposa frase sobre los “esclavos amotinados” que untó de bálsamo los corazones de todos los propietarios afectados. En ese sentido, su popularidad implicó rápidamente un verdadero revoltijo de contradicciones que reflejaban tan perfectamente la imprecisión de la primera etapa de la revolución y el impase total de la segunda. Y cuando la historia tuvo que cumplimentar el puesto de árbitro vacante, no encontró hombre más apropiado para ello que Kerensky.

La “sesión nocturna histórica” del Palacio de Invierno sólo fue una repetición de la humillación política que la democracia “revolucionaria” preparó en la Conferencia de Moscú. En esas transacciones los cadetes tenían en la mano todos los triunfos; la democracia S.R. y menchevique, que recogía éxitos en todas las elecciones democráticas sin excepción y que padecía un miedo mortal a esos éxitos, ¡imploró humildemente a los liberales privilegiados su colaboración en el gobierno! Como los cadetes no tenían miedo a imponer el poder a los sóviets el 16 de julio, y como, por otra parte, los liberales no temían asumir enteramente el poder, estaba claro que eran los dueños de la situación.

Si Kerensky era el último grito de la hegemonía impotente del sóviet, debía aparecer como la primera palabra de la entrega de esa hegemonía. Por el momento tomaremos a Kerensky, pero solamente con la condición de que corte el cordón umbilical que le une al sóviet: tal fue el ultimátum de la burguesía.

“Desgraciadamente el debate en el Palacio de Invierno no ha sido otra cosa más que palabrería, y una palabrería, además, carente de todo interés”, se lamentó Dan en su informe al sóviet.

Es difícil apreciar plenamente la profundidad de estos lamentos emitidos por el parlamentarismo de la democracia “revolucionaria”, que abandonó el Palacio de Taurida⁴ por la noche, cuando todavía detentaba el poder, para volver al día siguiente con las manos vacías. Los líderes de los S.R. y de los mencheviques depositaron respetuosamente su parte de poder a los pies de Kerensky. Los cadetes aceptaron el regalo con buen grado: sea como fuere, no consideraban a Kerensky como un gran

⁴ Construido por Potemkin bajo reinado de Catalina II, estaba situado entre los cuarteles y el barrio obrero. La Duma ocupaba el ala derecha. Cuando se constituyeron los sóviets ocuparon el ala izquierda. En julio de 1917 fueron transferidos a Smolny, un instituto destinado a las jóvenes hijas de la nobleza.

árbitro imparcial sino como un simple agente intermediario. Tomar todo el poder inmediatamente habría sido demasiado peligroso a causa de la inevitable resistencia revolucionaria de las masas. Valía más confiar a Kerensky, hasta el presente “independiente”, con la colaboración de los Avksentiev, Savinkov y otros S.R. moderados, la tarea de abrir la vía a un gobierno puramente burgués con la ayuda de un sistema de represión más feroz.

El nuevo ministerio de coalición (el “gobierno Kerensky”), estaba constituido. A primera vista, no difería en nada del otro gobierno coalición que tan indignamente se había hundido el 16 de julio. Partía Chingariev, llegaba Kolochkin; Tsereteli salía, entraba Avskentiev. Todas las pérdidas entre el personal no hacían sino resaltar el hecho que los dos campos consideraban al gabinete como un simple estribo. Pero mucho más importante era el cambio radical en el significado de dos grupos. Anteriormente (al menos “en teoría”), los ministros socialistas habían sido considerados como los representantes de los sóviets, controlados por ellos; los ministros burgueses hacían de pantalla entre los Aliados y los capitalistas. Pero ahora los ministros burgueses entraban, en tanto que grupo secundario, en el personal del bloque abiertamente contrarrevolucionario de las clases propietarias (partido cadete, dirigentes del comercio y la industria, Liga de Propietarios, Comité Provisional de la Duma⁵, Círculo Cosaco, Estado Mayor General, diplomacia aliada), y los ministros “socialistas” oficiaban de pantalla contra las masas populares. Ante el silencio del Comité Ejecutivo de los Sóviets, Kerensky logró hacerse aplaudir prometiendo que no se toleraría la restauración de la monarquía... ¡Tan bajo habían caído las exigencias de los demócratas filisteos! Avskentiev exhortó a todo el mundo a los “sacrificios” y se deshizo en desvaríos medio kantianos, medio evangélicos (su gran especialidad); y, como es propio de un idealista en el poder, en ese imperativo categórico conducía de un lado a otro continuamente a los cosacos y militares cadetes. Los delegados campesinos, sorprendidos, se decían que antes de que tuviesen posibilidad alguna de confiscarles la tierra a los propietarios alguna cosa estaba a punto de confiscarles a ellos su influencia sobre el poder.

Los estados mayores contrarrevolucionarios suplantaban en todas partes a los comités de soldados y los utilizaban al mismo tiempo ampliamente para represalias contra las masas: así minaban la autoridad de las organizaciones de soldados y preparaban su caída. La contrarrevolución burguesa dispuso para este mismo fin de sus ministros “socialistas”, pero estos últimos arrastraban con ellos en su caída vertiginosa a los sóviets, de los que ahora eran independientes pero que, como anteriormente, eran a su vez dependientes de los ministros. Habiendo renunciado al poder, las organizaciones democráticas también habrían debido liquidar su autoridad. Así es como todos están prestos para la llegada de Miliukov. Y tras él espera su hora el general Gurko.

La Conferencia de Moscú extrae toda su importancia de esta tendencia general del movimiento político en las altas esferas.

En esos últimos días, la actitud de los cadetes ante esa reunión no solamente era la falta de entusiasmo sino, además, la total desconfianza. La hostilidad mal disimulada hacia el peregrinaje a Moscú caracterizaba también a *Dielo Naroda*, órgano del partido representado en el gobierno por los Kerensky, Avskentiev, Savinkov, Chernov y Lebediev. “Si *hay* que ir, iremos”, ha escrito *Rabochaya Gazeta* con un suspiro, como

⁵ La cuarta Duma, elegida en 1912, fue disuelta por el zar el 12 de marzo de 1917, el día siguiente a la constitución del sóviet de Petrogrado. Se negó a disolverse y, esa misma noche, eligió un comité provisional dirigido por Rodzianko. El comité provisional a su vez forzó al zar a abdicar. La Duma continuó existiendo hasta su disolución por el Gobierno Provisional tras la revuelta de Kornilov. (En la cuarta Duma había cinco bolcheviques pero se habían exiliado en 1915 a causa de su oposición a la guerra.)

un loro que el gato arrastrase por la cola. Los discursos de los Riabuchinsky, Alexeiev, Kaledin, etc., y de la “banda de charlatanes en el poder” no indicaba, por nada del mundo, la disposición a realizar el sacrificio de un abrazo con Avskentiev. Y, finalmente, el gobierno, por lo que dicen los diarios, no le concedía a la Conferencia de Moscú una importancia decisiva. Entonces: *¿quid prodest?*⁶ ¿En interés de quién y con qué objetivo se ha convocado esta conferencia?

Está claro como la luz del día que está directamente dirigida contra los sóviets. Éstos *no van* a la conferencia: *se les arrastra* atados a una cuerda. Las clases contrarrevolucionarias necesitan la reunión para que les ayude a liquidar definitivamente los sóviets. Entonces, ¿por qué los órganos responsables de la burguesía mantienen una actitud tan reservada frente a la conferencia? Porque, ante todo, hay que establecer la posición “por encima de las clases” del árbitro supremo e imparcial. Miliukov teme que Kerensky abandone la conferencia con posiciones demasiado sólidamente establecidas, lo que tendría como consecuencia prolongar demasiado desagradablemente las vacaciones políticas de Miliukov. Así es como cada patriota defiende a la patria a su manera.

La “histórica” noche del Palacio de Invierno vio el nacimiento del régimen de Kerensky, digamos del bonapartismo principiante. Pero, por sus participantes y sus objetivos, la Conferencia de Moscú es, por así decirlo, la reproducción a plena luz del día de esa noche histórica. Tsereteli está condenado de nuevo a explicarle a toda Rusia que el paso del poder a manos de la democracia revolucionaria sería el infortunio y ruina de la revolución. Tras esta solemne confesión de su propia quiebra, los representantes de la democracia revolucionaria tendrán el privilegio de escuchar una terrible requisitoria dirigida contra ellos, que habrá sido preparada por Rodzianko, Riabuchinsky, Miliukov, el general Alexeiev y otras “fuerzas vivas” del país. Nuestra camarilla imperialista, a la que el gobierno le otorgó el lugar de honor en la Conferencia de Moscú, acudirá con la consigna “¡Todo el poder para *nosotros!* Los líderes del sóviet se verán cara a cara con los rapaces apetitos de las clases poseedoras, y con la amenaza de un levantamiento de esos mismos trabajadores y soldados a los que Tsereteli desarmó con la consigna “¡Todo el poder a los sóviets!” En su calidad de presidente, Kerensky simplemente no podrá hacer otra cosa más que consignar la existencia real de una “desacuerdo” y llamar la atención de las “partes interesadas” sobre el hecho que no pueden prescindir de un árbitro imparcial. *Quod erat demonstrandum.*⁷

En una reunión del Comité Ejecutivo del Sóviet, el menchevique Bogdanov confesó que “si yo fuera miembro del Comité Central Ejecutivo, no hubiese convocado esa reunión pues el gobierno no alcanzará con ella el objetivo que tiene planteado, es decir el refuerzo y ampliación de su base.” Hay que admitir que estos adeptos de la *Realpolitik* no saben verdaderamente qué se prepara con su activa colaboración. Tras la desintegración de la coalición del 16 de julio, la negativa del sóviet a asumir el poder ha *excluido* la posibilidad de creación de un gobierno sobre una base amplia. El gobierno Kerensky, que no ejerce ningún control, es por su misma naturaleza un gobierno sin base social. Ha sido construido conscientemente *entre* dos bases posibles: las masas trabajadoras y las clases poseedoras. Eso provoca su bonapartismo. La Conferencia de Moscú tiene como objetivo, tras el apartamiento de los partidos democráticos y de los partidos de los privilegiados, perpetuar la dictadura personal que, por un aventurerismo irresponsable, zafará todas las realizaciones de la revolución.

⁶ ¿A quién aprovecha esto?

⁷ Lo que había que demostrar.

Para alcanzar ese objetivo es necesario tener una oposición a la izquierda, igual que otra a la derecha. Todo lo que importa es que ambas se equilibren casi y que la situación social mantenga su equilibrio. Pero esto es justamente lo que falta.

El antiguo zarismo emergió en el curso de una lucha entre clases en el seno de una sociedad libre, pero bajo todas las facciones en lucha y su zar había una infraestructura estable de trabajadores. El nuevo zarismo busca el sostén necesario para su existencia en la inercia y pasividad del campesinado; el principal instrumento del bonapartismo consistía en un ejército disciplinado. Pero en nuestro país no se ha realizado todavía ninguna de esas condiciones. Nuestra sociedad está atravesada de parte a parte por abiertos antagonismo que han sido llevados a la más extrema intensidad. La lucha entre los trabajadores y los capitalistas, entre los campesinos y los propietarios latifundistas, entre los soldados y el estado mayor, entre las nacionalidades oprimidas y el poder central, no le ofrece a aquél ningún elemento de estabilidad, a menos que el gobierno se decida resueltamente a atar su suerte a una de las fuerzas en lucha. Hasta la finalización de la revolución agraria, las tentativas de dictadura “por encima de las clases” no pueden ser más que efímeras.

Miliukov, Rodzianko y Riabuchinsky quieren que el poder acabe en sus manos, es decir que se transforme en dictadura contrarrevolucionaria de los explotadores sobre los trabajadores, campesinos y soldados revolucionarios. Kerensky quiere darle miedo a la democracia con la ayuda de la contrarrevolución y atemorizar a la contrarrevolución con la ayuda de la democracia; después asegurar la dictadura del poder personal, del que las masas no sacarán nada bueno. Pero hace cuentas sin su cliente. Las masas revolucionarias todavía no han dicho la última palabra.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es